

GONZALO AIELLO (EL FLACO)**Dra. Ethel Meerovich**

*Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma
Tan temprano un manotazo duro
un golpe helado
un hachazo invisible y homicida
un empujón brutal te ha derribado
No hay extensión más grande que mi herida
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida*

Miguel Hernández

Lo primero que me gustó fue su risa.

Siempre, a pesar de lo dramático de algunas situaciones, se reía y nos contagiaba.

Compartimos todo lo que pueden compartir aquellos que por instinto o por amor nos preparamos (como dice Eladio Dieste) “para hablar con las estrellas”.

Lo fui conociendo poco a poco, instancias en que contaba su infancia o compartía el dolor persistente por la muerte precoz de sus padres. La reiterada alegría por la llegada de sus tres hijos. Sus matrimonios sucesivos y el cariño por sus dos compañeras.

Inteligencia aguda que mezclaba con picardías al tono. Nadie lo olvidará parado y altivo contra el pizarrón del anfiteatro del piso 8 del Hospital de Clínicas (en una prueba de concurso de Asistente de Clínica Médica): ante un paciente con síndrome mielo displásico, mirando de frente al tribunal, el Flaco -en su mezcla habitual de inteligencia y picardía- se le ocurrió decir que se trataba de “un reto a la imaginación de la hematología”.

Ponía el alma en la docencia y como pocos disfrutaba “la frescura de los gurises”.

Formado en colegios privados de Montevideo, ingresó luego a la Facultad de Medicina y desde siempre integró la militancia gremial a su formación profesional, lo cual continuó luego como egresado y docente, habiendo sido un referente reconocido en la Asociación de Docentes Universitarios.

Siempre coherente, jugado a su concepción de la igualdad social, el compromiso con la sociedad, la real valoración de nuestra gente. El rechazo a la admiración vacua del poder y el pseudo-desarrollo que intentan vender los países ricos y sus industrias.

En la época más dura, época de dictadura, tuvo la dicha de integrar el grupo Mígues con el Dr. Juan Carlos Macedo que fue uno de sus grandes maestros. En esos años consolidó algunas áreas de su pensamiento en el contacto estrecho y afectuoso con los pacientes que genera la medicina en la comunidad.

A la salida de la dictadura compartimos nuestros mejores jóvenes años de formación académica y docente en la Clínica Médica del piso 8 dirigida por el Profesor Jorge Torres. Allí, en grupo, nos parecía que todo iba a ser posible, aún los cambios más fecundos de nuestra sociedad y nuestra querida Facultad.

Nuestros últimos años compartidos en la Cátedra de Neumología nos puso en la disyuntiva de compartirlo a él, ya que debió dedicar parte de su actividad a crear un nuevo Servicio de Clínica Médica en el Hospital Saint Bois como parte de los cambios que se plantearon en la atención de la salud durante estos últimos años.

Universitario cabal, inquieto, cuestionador, contestatario y promovedor de cambios se había planteado la posibilidad de dirigir una de las Clínicas Médicas de la Facultad.

Lo perdimos demasiado pronto, su familia, nosotros sus compañeros y amigos, la Facultad y todas las generaciones de estudiantes que hubiesen aprendido no solo medicina sino del Flaco ser humano siempre jugado sin temores por sus ideales.

La muerte le llegó muy temprano y peleó con ella hasta el final sin quejarse nunca.

Ya nada va a ser igual sin su presencia. Nuestros enfoques de problemas médicos o del resto de los que plantea la vida serán diferentes, acaso más pobres, faltos de su visión abarcadora. También faltará el calor de su corazón y su abrazo compañero.

Sin embargo este amigo-hermano no se irá del todo. Queda y perdurará su legado de convicciones intensamente defendidas, su compromiso indoblegable con la sociedad y la Universidad de la República, sus aportes académicos, su pasión por la docencia y sus alumnos, su amor por su familia y sus amigos. Su picardía. Su risa.